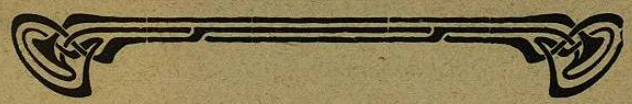


LOS PRISIONEROS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

En el bosque sólo se oía un tenue murmullo: el roce de la nieve con las hojas de los árboles. Nevaba desde medio día; nieve menuda, tendiendo sobre los caminos inmensa y suave alfombra, apagando todo ruido agigantaba el silencio de aquella soledad.

Delante de la puerta de la casa del guarda partía leña, manejando el hacha con los brazos desnudos, una moza de buena estatura, delgada y fuerte, una mujer del bosque, hija y esposa de guardas campestres.

Una voz gritó en el interior de la casa:

—Estamos solas, Bertina; ya debíamos recogernos; la noche se acerca, y vendrán por el bosque prusianos y lobos.

La leñadora respondió, partiendo un tronco y mostrando la firme curva de su pecho á cada movimiento que hacía para levantar el hacha:

—Ya he acabado, madre; pero no hay miedo, aún es de día.

Después, recogiendo las astillas, las colocó junto al hogar; volvió á salir para cerrar los postigos, enormes postigos de viejas encinas, y entró, corriendo los pesados cerrojos de la puerta.

La madre, que hilaba junto al fuego, era una vieja arrugada, y con la edad se había vuelto miedosa.

La moza prosiguió:

—¡Ah! Yo mataría de igual manera un prusiano que un lobo.

Y miraba un revólver grande colgado en la pared.

Su marido fué incorporado al ejército en los comienzos de la invasión prusiana, y las dos mujeres habían quedado allí solas con el viejo guarda Nicolás Pichon, esposo de la vieja y padre de la joven, llamado Zancos, el cual se negó tercamente á dejar su casa; no quiso acogerse á la ciudad, Rethel, antigua plaza fuerte construída sobre un peñón, cuyos habitantes habían decidido resistir á los invasores, encerrarse y aguantar el sitio, según la tradición de la ciudad. Otras dos veces, en tiempos de Enrique IV y Luis XIV, se habían hecho notorios con heroicas defensas. Repetirían la suerte ó pegarían fuego á sus casas.

Habían comprado fusiles y hasta cañones, armando una milicia y haciendo el ejercicio diariamente en la Plaza de Armas. Todos, panaderos, drogueros, carniceros, notarios, abogados, carpinteros, libreros y hasta farmacéuticos, maniobraban á las horas reglamentarias bajo las órdenes del antiguo sargento de dragones Lavigne, que, habiéndose casado con la hija del señor Ravaudan, heredó el comercio de sedas fundado por su suegro.

Lavigne se llamaba comandante, Mayor de Plaza, y como toda la gente joven se había incorporado al ejército, el Mayor de Rethel alistó á los hombres de alguna edad resueltos á defenderse. Los gordos andaban todo el día por la calle á paso gimnástico, para adquirir agilidad, y los débiles paseaban cargados con bultos de peso, para adquirir fuerzas.

Y todos aguarban á los prusianos. Pero los prusianos no comparecían. Sin embargo, no andaban muy lejos; dos veces los exploradores habían llegado, atravesando el bosque, hasta la casita del guarda Pichon, á muy poca distancia de la ciudad.

El viejo guarda, corriendo como un zorro, había dado aviso á la plaza, donde se dispusieron los cañones para el combate; pero el enemigo no se presentó.

La casita del guarda servía de avanzada en el

bosque Aveline. Y el viejo Pichon iba dos veces por semana á recoger provisiones y á dar noticias de la campaña.

***

Aquel día fué á la ciudad para prevenir á los burgueses milicianos que un destacamento de infantería alemana hizo alto en su casa el día anterior á eso de las doce, volviendo á partir inmediatamente. El sargento que mandaba la fuerza hablaba francés.

Para esas correrías, el viejo se llevaba á sus dos perros, dos mastines feroces, por miedo á los lobos, que comenzaban á ser temibles, y dejaba solas á las dos mujeres, recomendando mucho que se atrancaran bien antes de anochecer.

La joven no tenía miedo; pero la vieja, temblando, repetía:

—Esto acabará mal; ya lo veréis como esto acaba mal.

Aquella tarde se mostraba más inquieta que de costumbre.

—¿Sabes á qué hora volverá tu padre?

—Antes de las once, sin duda no; cuando cena en casa del comandante, suele tardar mucho.

Y acercando el puchero á la lumbre para hacer

la sopa, se paró á escuchar un ruido vago que percibía por la chimenea:

—Andan por el bosque, lo menos, de siete á ocho personas.

La madre, angustiada, interrumpiendo su labor, balbuceaba:

—¡Ah, Dios mío! ¡Y tu padre no está en casa!

No había terminado esta frase cuando se oyeron golpes rudos que hacían retemblar la puerta.

Las mujeres callaron, y una voz fuerte y gutural gritó:

—¡Abrid!

Como nadie contestaba, la voz de fuera prosiguió:

—¡Abrid ó echo abajo la puerta!

Bertina descolgó el revólver, escondiéndolo en el bolsillo de su falda; luego, acercándose á la puerta, preguntó:

—¿Quién llama?

—El destacamento de ayer.

—¿Qué quiere?

—Nos hemos perdido en el bosque por la mañana. Si no abren, echo abajo la puerta.

Era forzoso; la moza descorrió los cerrojos, y abriendo las maderas, descubrió, á la pálida luz del crepúsculo, seis hombres, seis soldados prusianos, los mismos que habían ido allí el día anterior. Y les dijo resueltamente:

—¿Por qué vienen aquí á estas horas?

El sargento repitió:

—Nos hemos perdido en el bosque. Por fortuna reconocí esta casa. No he comido nada en todo el día; tampoco mi destacamento ha comido nada.

Bertina dijo:

—Estoy sola con mi madre.

El sargento, que parecía un buen hombre, contestó:

—No importa; no haré daño á nadie. Pero nos daréis algo de comer; venimos hambrientos y cansados.

La joven se quitó de la puerta:

—Entren ya.

Entraron cubiertos de nieve, llevando sobre los cascos una especie de merengues. Estaban extenuados.

La joven, señalando á los dos bancos á uno y otro lado de la mesa, les dijo:

—Siéntense; haré la sopa. Ciertamente, deben estar muy cansados.

Y volvió á correr los cerrojos de la puerta.

Añadió agua al puchero, echó en él manteca y patatas, y la mitad de un trozo de tocino que descolgó de la chimenea.

Los seis hombres contemplaban sus movimientos, y el hambre parecía salirles á los ojos. Habían dejado sus fusiles y sus cascos en un rincón, y aguardaban quietos, como niños en los bancos de una escuela.

La madre se había puesto nuevamente á hilar, lanzando á cada instante miradas intranquilas sobre los soldados invasores. No se oía más que el ronquido leve del huso, el chisporroteo de los tizones y el murmullo del agua hirviendo.

Pero, de pronto, un ruido extraño los hizo estremecer á todos, algo como una respiración potente, junto á la puerta; un aliento de bestia, prolongado y ronco.

El sargento se abalanzó hacia los fusiles, y la moza le detuvo sonriendo:

—Son lobos—dijo—; como soldados alemanes, rondan descaminados y hambrientos.

El hombre, incrédulo, quería cerciorarse, y cuando entreabrió la puerta, dos sombras grises huían saltando rápidamente.

Volvió á sentarse murmurando:

—No lo hubiera creído.

Y aguardó que la comida estuviese preparada.

Devoraron, abriendo sus bocas hasta las orejas para engullir más. Como si comieran también con los ojos, los abrían desmesuradamente.

Las dos mujeres observaban en silencio los rápidos movimientos de las grandes barbas rojas, y

las patatas desaparecían entre aquellos vellones oscilantes.

Como tenían sed, la moza bajó á la cueva para darles sidra. Tardó mucho en subir; era una cueva abovedada que durante la revolución había servido unas veces de cárcel y otras de escondrijo, según se decía. Bajábase por una estrecha escalera de caracol, cerrada por una trampilla de recia madera, en el suelo de la cocina.

Cuando Bertina compareció, reía, reía sola, satisfecha, presentando á los alemanes el cántaro lleno de sidra.

Luego se puso á cenar tranquilamente con su madre al otro extremo de la cocina.

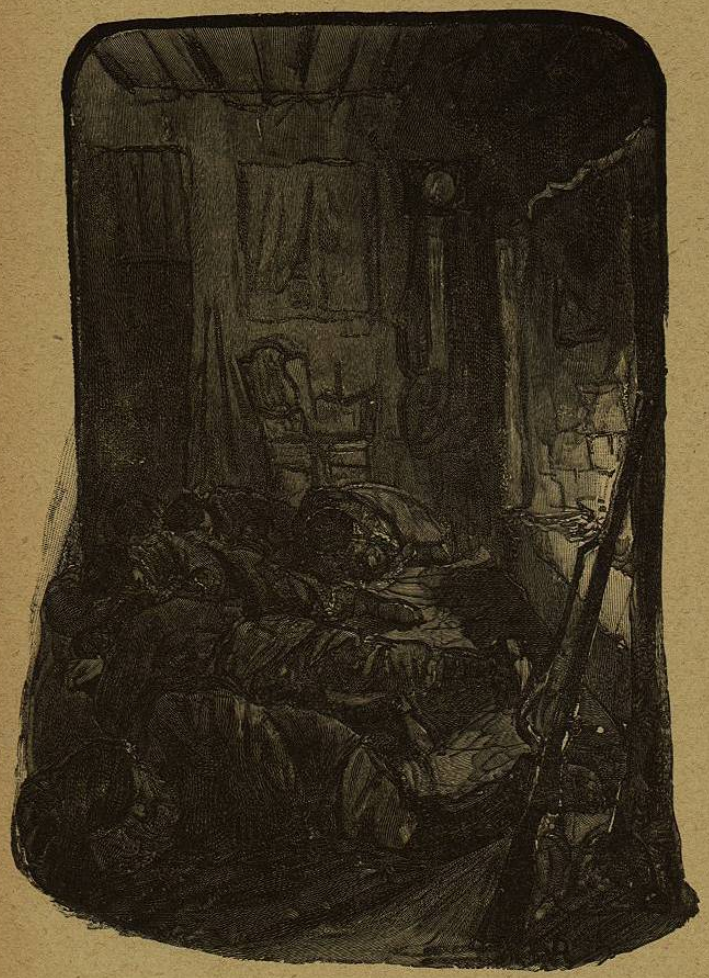
Los soldados habían comido, y apoyados en la mesa, se durmieron. De cuando en cuando, un cuerpo se desplomaba con sordo ruido; el hombre, despertando, erguíase.

Bertina dijo al sargento:

—Podrían echarse cerca de la lumbre; hay sitio para todos. Yo subo á mi habitación con mi madre.

Y las dos mujeres subieron al piso de arriba. Oyóselas cerrar la puerta y andar de un lado á otro. Al fin cesaron todos los ruidos.

Los prusianos se tumbaron en el suelo, con los pies hacia la lumbre, y apoyando las cabezas en las



mantas arrolladas, pronto roncaron todos con sonidos varios, agudos ó graves, pero continuos y ruidosos.

***

Habían dormido ya bastante rato cuando sonó un tiro muy cerca; hubiérase dicho que lo dispararon junto á los muros de la casa. Los soldados pusiéronse todos en pie. Oyéronse dos nuevas detonaciones, y otras dos al instante. Abrióse la puerta del piso de arriba, y apareció la joven, inquieta, descalza, en camisa, con una palmatoria en la mano, y balbució:

—¡Los franceses! ¡Más de doscientos franceses!, y si los descubren aquí pondrán fuego á la casa. De prisa, es necesario esconderse; bajen á la cueva sin hacer ruido. Si hacen el menor ruido, nos perdemos todos.

El sargento, sorprendido, murmuró:

—Es verdad, es verdad. ¿Por dónde bajamos?

La joven levantó precipitadamente la trampilla, y los seis hombres desaparecieron por la estrecha escalera de caracol, hundiéndose en el suelo uno tras otro.

Pero cuando la punta del último casco hubo desaparecido, Bertina dejó caer la pesada tabla de